

UNWELL

# Historias de fantasmas

por Enric González

**E**n Londres hay muchos pubs antiguos y muchos pubs con leyenda. A los dueños, generalmente grandes grupos hosteleros o cerveceros, les gusta datar el origen del establecimiento en un siglo remoto y fomentan las historias truculentas: es bueno para el negocio. Sólo conozco un pub realmente perseguido por los fantasmas del pasado, y realmente fastidiado por ellos. Se trata del célebre “Ten Bells”, que en 1888 solían frecuentar algunas de las víctimas de Jack el Destripador. O Jack the Ripper, como prefieran.

El “Ten Bells” se encuentra en la esquina de Commercial Street con Fournier Street, en la zona conocida como East End. Cuando se fundó, en 1752 (tal vez sobre un pub anterior), no había calles, sino caminos y huertos, y unas cuantas casas en torno a la Christ Church, que por entonces había incorporado su décima campana. De ahí el nombre, “diez campanas”. Era, pues, un apacible establecimiento casi rural, frecuentado por los viajeros de Essex.

El barrio cambió en el siglo XIX. Sucesivas oleadas de inmigrantes, ingleses primero y continentales después, convirtieron el East End, que albergaba los muelles y los mataderos, en una aglomeración de pobreza y conflictos. El drama se agudizó en las últimas décadas del XIX, por la llegada masiva de judíos que huían de los pogromos en Rusia y llegaban como suelen llegar los refugiados: sin otra cosa que hambre, miedo y malos recuerdos. En 1888, cuando ocurrieron los crímenes y la era de la reina Victoria alcanzaba su máximo esplendor, no había un barrio peor en Londres ni, probablemente, en toda Europa.

La extraña fascinación popular por el Destripador, que ha llegado a nuestros días, hizo que ya en 1889, cuando la policía buscaba aún al misterioso asesino, se organizara el primer recorrido turístico por los escenarios relacionados con el asunto. El “Ten Bells” se convirtió en una de las paradas obligatorias del macabro “tour”. Si les interesa, el “tour” sigue celebrándose diariamente, con gran éxito de público y con gran extrañeza de la población local, mayoritariamente asiática, incapaz de comprender por qué esos grupos nocturnos buscan cosas que ya no existen.

El local sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, pese a los terribles bombardeos alemanes sufridos por el East End, y en 1976 un nuevo propietario decidió exprimir al

máximo la leyenda negra: cambió el nombre por el de “The Jack the Ripper” y decoró el pub con la lista de las víctimas (fueron cinco, seis según algunos), fotos de la época y dibujos más o menos sanguinolentos. En la barra, además de pintas, se vendían “souvenirs” y camisetas del Destripador. En conjunto, la cosa resultaba bastante deplorable.

Una campaña feminista forzó el retorno al viejo nombre de “Ten Bells” en 1989, y el enésimo propietario trató de desligarse del pasado. Sin éxito: tanto él como el personal del pub, que residía en los dos pisos superiores, empezaron a ver y oír un fantasma. Se trataba, decían, de un hombre anciano con vestimenta victoriana. El “Ten Bells” fue vendido y el nuevo “landlord”, en junio de 2000, decidió hacer limpieza a fondo. En los sótanos se halló una caja con los efectos personales de un tal George Roberts; junto a ellos había un recorte de prensa con la noticia del asesinato de George Roberts, muerto a hachazos. No costó demasiado comprobar que a finales del siglo XIX y principios del XX, Roberts había sido dueño del pub.

Los pisos superiores fueron alquilados, y en 2001 uno de los inquilinos volvió a quejarse del fantasma. Un año después, una vidente exploró el edificio y se negó a entrar en una de

las habitaciones del último piso, argumentando que “sentía” que al menos un siglo antes allí había sido asesinado un bebé de forma horrible. En 2005, la “ripperóloga” Lindsay Siviter obtuvo autorización para husmear en el tejado. Tras el depósito del agua, justo encima de la habitación que la vidente no había querido visitar, halló una bolsa con ropas victorianas de bebé, rotas a cuchilladas pero sin rastros de sangre.

Esto último me lo contó en julio de 2007 la propia Siviter, una persona muy respetable y poco dada a fantasmagorías, empleada, creo recordar, en el Victoria & Albert Museum, mientras tomábamos una pinta en otro pub de la zona: el actual dueño del “Ten Bells” no quiere que en su local se hable de esas cosas, y no me extraña.

Fantasmas aparte, las cervezas del “Ten Bells” están más que decentes. Personalmente, recomiendo la “Bombardier”, una “cask ale” que se fabrica desde hace más de un siglo. De hecho, se fabrica desde la época del Destripador. ●

**Enric González** publica sus artículos en El País, periódico para el que ha sido corresponsal en Londres, París, Nueva York, Washington y Roma. Además es autor de *Historias de Londres*, *Historias de Nueva York* e *Historias del Calcio*, los tres editados por RBA.



EN 1888, CUANDO OCURRIERON LOS CRÍMENES, NO HABÍA UN BARRIO PEOR EN LONDRES NI, PROBABLEMENTE, EN TODA EUROPA.